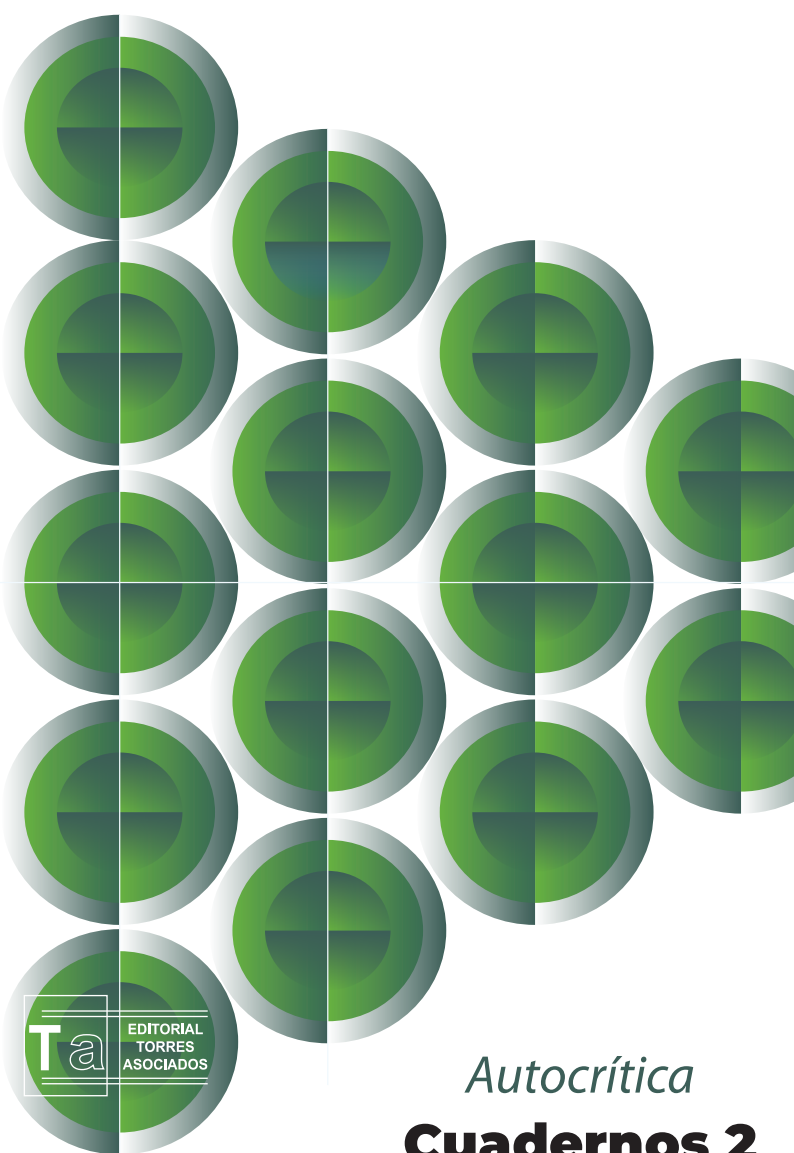


# Incómoda reivindicación del tábano socrático

DONOVAN  
ARTEAGA



*Autocrítica*

**Cuadernos 2**

# **Incómoda reivindicación del tábano socrático**

**Donovan Arteaga**



*Autocrítica*  
**Cuadernos 2**

Primera edición: mayo 2026

© Donovan Arteaga

© Editorial Torres Asociados

Av. Aztecas 215, Edificio B-014, Los Reyes

Coyoacán, 04330, México, CDMX

Tels. 5512366494 y 5575926161

Esta publicación no puede reproducirse toda o en partes, para fines comerciales, sin la previa autorización escrita del titular de los derechos.

A Josu y Carolus

A lo largo de su historia la filosofía ha hecho incontables ejercicios de autocrítica; tal parece que se trata de una actividad inexorable. Esto resulta totalmente coherente con la práctica de nuestra disciplina, pues si algo que la ha caracterizado ha sido el preguntar, entonces sería incongruente no empezar cuestionando la disciplina misma. Una posible vía de examen podría partir en dirección a dos puntos de interés: el primero, la relación de la filosofía con la verdad y, el segundo, el vínculo de la filosofía con la sociedad. Estas dos opciones son importantes dado que nos muestran el ámbito interno de la práctica filosófica, es decir, todo aquello referente al modo en que hacemos filosofía, así como el ámbito externo que da cuenta de la manera en la que buscamos llevar la filosofía a contextos donde no se practica, pero donde existe un potencial interés por ella, esto es, por cómo relacionamos la filosofía con el mundo que habitamos.<sup>2</sup> El ejercicio no es novedoso, pues ya fue planteado —aunque con propósitos distintos— por Platón en su Alegoría de la Caverna (*Repúbli-*

<sup>1</sup>Doctor en filosofía.

<sup>2</sup> Aquí es pertinente preguntarse ¿por qué es necesario llevar la filosofía a la sociedad? Una respuesta es la ineludible situación en la que todo ser humano se halla: la relación con los demás. Asumir este hecho es reconocer que toda actividad humana necesariamente se vincula con el mundo y, por ende, con las demás personas. Llevar a cabo una actividad sin pensar en las repercusiones que tendrá para los demás, genera un ambiente hostil y por lo tanto rayano, tarde o temprano, en lo inhabitable. La filosofía como actividad humana cumple con un rol social —sin necesidad de asignarle un valor moral—, de lo contrario esta no existiría.

ca, libro VII): la primera coordenada podemos verla en la identificación de las sombras y ecos proyectados, la posterior salida de la caverna y los derivados de esto; mientras que la segunda coordenada está presente en la decisión de regresar a la caverna para intentar liberar a los demás prisioneros.<sup>3</sup>

Desde que Pitágoras declinó el mote de “sabio” por el de “filósofo”, se condenó a la filosofía a una búsqueda de la verdad, lo que se distingue de una mera acumulación de saber. La implicación directa de esto ha sido la generación de métodos que nos acerquen al conocimiento verdadero y, con ello, a la revisión constante de los avances que nos han aproximado a la verdad, es decir al inmarcesible diálogo. Esto no quiere decir que nuestro encuentro con ella esté garantizado, pues afirmar tal cosa nos conduciría a una cantidad mayúscula de problemas teóricos que incluso el mínimo intento por abordarlos se saldría por mucho de los límites de un texto de esta naturaleza.

Así, la historia de la filosofía ha sido, de cierta manera, una incesante interpretación de la realidad desde el concepto de “verdad”. Sea que se entienda a esta como una adecuación de nuestro pensamiento o proposiciones con los hechos del mundo (*adeaquatio intellectus ad rem*), o como un sistema coherente de proposiciones, o como representaciones de las que emanan enunciados o creencias que repercuten en el

<sup>3</sup> Parte de las ideas que aquí se manejan han sido planteadas en contextos de diálogo y de magisterio a cargo del Dr. Josu Landa, por lo que no sólo reconozco que puede haber aquí vertidas consideraciones apuntadas por el propio Landa, sino que pongo de manifiesto que las reflexiones de este breve texto están orientadas por el camino filosófico que él me ha señalado.

terreno de la práctica, es decir, como aquello que funciona para la acción en el mundo, o como aquellas proposiciones que alcanzan un consenso en una comunidad... sean esas opciones y aquellas que han quedado no intencionalmente excluidas de este parcial listado, todas ellas han buscado ligar aquello que piensa y dice determinado sujeto con aquello que es el mundo o con la manera en la que aquel se desenvuelve en él. Es decir, se trata de un vínculo filosófico originario entre el humano y el mundo.

Esto es lo mismo que decir que todo intento por generar sabiduría implica necesariamente una relación con la verdad, ya sea para buscarla y divulgar los hallazgos, o para negar su existencia y constituir entonces como única verdad la que afirma que no existe posibilidad de otra verdad más que la de un enunciado como este. Por lo tanto, si la filosofía es etimológicamente “amor a la sabiduría”, puede concluirse que esta está destinada a vincularse con la verdad, sea para afirmarla y buscarla incesantemente o para negarla.

En consonancia con esto, cuando los filósofos y filósofas exponen tal o cual teoría filosófica, pretenden acercarse a la verdad o por lo menos dar claridad sobre lo que propone, es decir, aproximarse a lo que esa filosofía es. Cuando los filósofos y filósofas escriben o hablan sobre determinado tema, también pretenden dar claridad a dicho fenómeno, entenderlo y aclarar el qué y el cómo de su manifestación. Sería absurdo creer que, contrario a esto, cuando desde la filosofía se escribe o se habla sobre cualquier asunto, se busca alejarse de él, se busca oscurecerlo.

Esto no quiere decir que la filosofía tenga el monopolio de la verdad, que sólo filósofos y filósofas seamos los únicos capaces de indicar qué es

verdadero y qué no, sino que dado que el preguntar, el idear métodos de aproximación a la verdad o a la claridad de determinado asunto, han sido actividades estrechamente relacionadas con la filosofía, uno esperaría que esta, a lo largo de su historia, haya aprendido cómo aproximarse a la verdad. Esto no siempre se traduce en el desarrollo de una teoría que aborde dicho tópico, pues, aunque esto no suceda, el filósofo aspira a ella, está en su búsqueda; y esto es parte esencial de su *éthos*.

Tal parece que hoy la filosofía mantiene bien aceiteada la máquina examinadora, aquella que nos aproxima a la verdad y que la cuestiona: nuestros investigadores siguen profundizando tanto en la historia de la filosofía como en el estudio de nuestra realidad; es decir, pareciera que los filósofos hoy mantienen ese vínculo de nuestra potencia cognitiva y racional, y el análisis, con la indagación y la interpretación de la realidad. Por esto tenemos en nuestras instituciones académicas tesis, libros, artículos que abordan, en muchos casos, satisfactoriamente los problemas de la filosofía, del ser humano y su mundo. Pero ¿para qué toda la investigación que hacemos sobre determinado tema?, es decir, ¿cuál es el sentido de todo el trabajo académico que realizamos?

La generación de textos, para el filósofo profesional, se ha convertido en buena medida en un requisito que se tiene que cumplir, si quiere lograr una respetable carrera académica; si pretende ser tomado en cuenta para ofertas laborales, becas, o cualquier clase de aliciente económico, necesita contar con un sólido y extenso currículum. Muchas veces, al evaluar la trayectoria de cualquier filósofo, ya sea con fines de seguimiento académico o de asignación de plazas y estímulos económicos, la cantidad

de trabajo realizado (publicaciones, cursos, congresos, conferencias, etc.) suele anteponerse a la calidad. Esto es prácticamente lo mismo que decir que el aliciente para una mayor investigación y docencia filosófica, así como para una más amplia producción de escritura filosófica pareciera radicar en estas ganancias monetarias que esas actividades proporcionan, no en el compromiso existente entre el *éthos* filosófico y la verdad, no en el compartir nuestros hallazgos con las demás personas, para que pueda considerarse de una manera distinta nuestra realidad y, en el mejor de los casos, hasta transformarla desde el individuo —como ya se había planteado desde la antigüedad misma y como lo han mantenido una buena cantidad de filósofos y filósofas de nuestros días—. Es decir, pareciera que no se le da la debida importancia a la exhortación platónica de regresar a la caverna descrita en *República*, para buscar liberar a nuestros congéneres que no logran vislumbrar la luz de la verdad.<sup>4</sup>

Considerar esto así no implica una diatriba contra la academia, sino más bien el reconocimiento de dos cosas: 1) la gran valía del ejercicio académico filosófico, ya que sin él la presencia de la filosofía se encontraría, con mucha probabilidad, todavía más disminuida, pues la academia es el remanso de una tradición que ahí se ha establecido; y 2) que la filosofía no tiene por qué reducirse a este santuario constituido a lo largo de la historia: hay vida más allá de la academia; lo contrario a esto es

<sup>4</sup> Aquí quisiera recalcar que este juicio no es una generalización, sino la identificación de una práctica común que reduce la filosofía a la academia, esto es, el academicismo. Desde luego que hay también una buena cantidad de filósofos y filósofas que tienen currículos voluminosos y no por ello son academicistas, sino académicos.

lo que denominamos academicismo. Por ello es que, cuando se cuestiona el sentido de los textos académico-filosóficos, no se está diciendo que se dejen de escribir, pues ellos son parte de una comunidad y de una tradición que ha configurado una forma de vida profesional. Lo que se intenta decir es, más bien, que el no reconocimiento de este segundo punto sería tanto como —siguiendo la alegoría platónica— haber establecido una comunidad de personas que lograron salir de la caverna y, carentes del interés por regresar a ella, no intentan liberar a los demás cautivos. Con ello, estaría implicada la pretensión de ocultar y hasta de negar una parte constitutiva de la realidad, si consideramos por tal tanto la caverna como su ámbito exterior. Esto último sería anti-filosófico, pues resultaría una suerte de autoengaño en pro de la comodidad, una forma de elusión de problemas de nuestro entorno, en los cuales podríamos apuntalar diversas estrategias para buscar soluciones reales, esto es, transformar nuestra realidad, propósito que, como se sabe, Marx echó de menos, en medio de palabras un tanto injustas, en filósofos que lo precedieron en su tesis XI sobre Feuerbach.

Así, en un contexto en el que se le ha dicho “Adiós a la verdad” (Gianni Vattimo), donde hay una creciente tendencia a considerar toda verdad como relativa a las creencias y preferencias de determinada persona, donde en el ámbito de la política circulan declaraciones que de muy lejos son falsas y que pretenden pasar por verdades, tiempos aciagos donde la crisis en todos los niveles es evidente, en estas circunstancias, la filosofía tiene mucho que hacer en la sociedad, por ejemplo, empezar por promover una visión crítica hacia los hechos que nos lleve a adoptar una disposición activa que busque y

cuestione todo aquello que intenta ser pasado por verdadero, incluidas nuestras propias creencias. No es necesario que el público no filosófico esté enterado de todos y cada uno de los filósofos y filósofas que ha habido en la historia, sino que lo que compartamos con ellos tenga un sentido para su vida. No necesitamos que forzosamente la gente sepa de filosofía, sino que sea mordida por ese tábano socrático que resulta incómodo, pero necesario si queremos transformar nuestra realidad. Esto exige repensar y replantear el sentido de la divulgación filosófica imperante en nuestras redes sociales, que es hoy el principal canal para estos fines.

En contraste con lo dicho, el desinterés creciente por buscar y cuestionar la verdad, la tendencia a aceptar ideas no porque resulten acertadas y si es necesario molestas, sino por la cercanía emocional o comodidad que nos brindan, la indiferencia por el prójimo y el enaltecimiento del ego a partir de ciertas redes sociales que generan una dinámica de comunicación unidireccional, todo esto ha contribuido a la constitución de una especie de antídoto mediático contra la función “tabánica” de la filosofía; con ello, el academicismo ha contribuido a que la incomodidad de los análisis filosóficos críticos al *éthos* y a las prácticas políticas y sociales imperantes se mantenga contenida dentro de los muros de nuestras instituciones universitarias y, así, la filosofía deja de ser un importante revulsivo para una revolución del orden establecido desde la adecuada formación ética de cada individuo.

En suma, si aceptamos que la filosofía puede hoy contribuir a la desaceleración de la vertiginosa crisis en la que estamos cada vez más inmersos, entonces habría que empezar

por buscar formas más efectivas de llevar a la filosofía más allá de la academia, no sólo como un compendio de información verificada sobre lo que han dicho a lo largo de la historia los filósofos y filósofas —que esto también resulta importante, pero no entendido como una acumulación del saber; más bien como una invitación, un ejemplo de una disposición hacia el saber—, sino también como un ejercicio de crítica hacia nuestras prácticas en el mundo, como un factor de contagio de la disposición activa hacia la verdad y, con ello, la búsqueda de cambios sustanciales en nuestras formas de vida.